AUTHOR:

CAMPOAMOR, RAMON DE

TITLE:

HUMORADAS.

PLACE:

MADRID

DATE:

1886

Master Negative #

93-81645-1

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86C15 Campoamor, Ramon, de. 1817-1901.
P5 Humoradas. 23+191 p. S.
Madrid 1886.

Restrictions on Use:

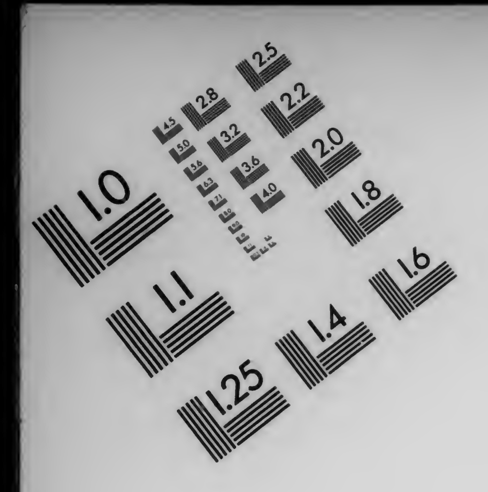
TECHNICAL MICROFORM DATA

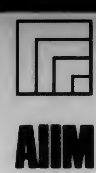
FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 11x

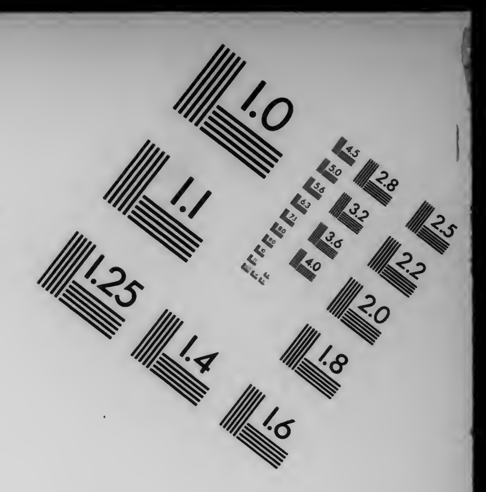
IMAGE PLACEMENT: IA IIA IB IIB

DATE FILMED: 8-5-93 INITIALS MLG

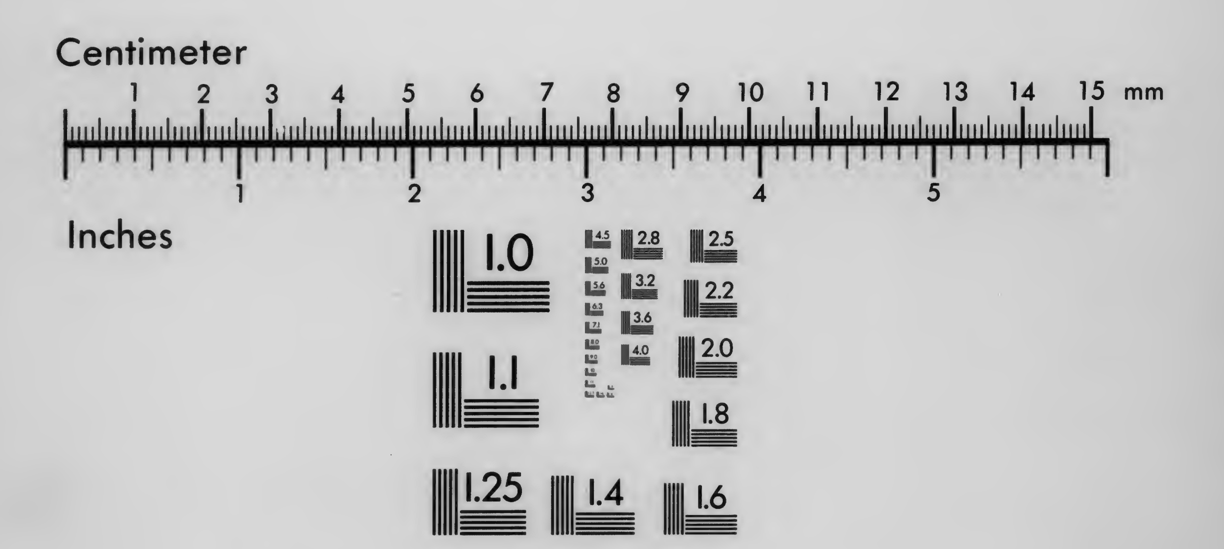
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

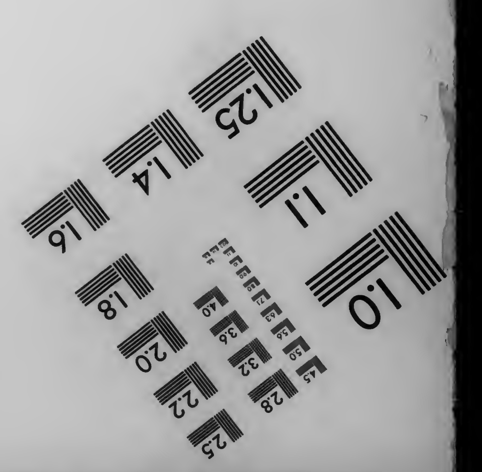






Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202





MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.


SIGILLVM · COLLEGII · COLVMBIAE · NOVI · EBORACI
IN LVMINE TVO VIDEBIMVS LVMEN

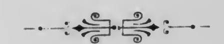


HUMORADAS

R. DE CAMPOAMOR

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

HUMORADAS



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera San Jerónimo, 2

1886

MADRID.— Est. Tipográfico de Ricardo Fé, Cedaceros, 11.



AL SEÑOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

I

Ahora que mi queridísimo compañero, el sabio por antonomasia, señor Menéndez Pelayo, escribe los fundamentos de una estética ideológica, le dedico estas *humoradas*, porque además de satisfacer con esto un sentimiento de mi corazón, tengo el egoísmo de creer que en esta ocasión me defienda, si lo halla justo, de los censores apasionados que de seguro aparecerán, como aparecen siempre que yo me permito poner título nuevo á alguna de mis obras.

Soy el hombre menos afortunado de la tierra para bautizar géneros literarios. Cuando publiqué las *Doloras*, el nombre pareció demasiado neológico. Salieron á luz los *Pequeños poemas*, y el título fué muy censurado por razones que nunca he comprendido. El nombre de *Humoradas*, ¿parecerá también poco propio?

¿Qué es *humorada?* Un rasgo intencionado. ¿Y *dolora?* Una humorada convertida en drama. ¿Y *pequeño poema?* Una dolora amplificada. De todo esto se deduce que mi modo de pensar será malo, pero como ya dije alguna otra vez, no se me podrá negar que por lo menos es lógico.

II

Y como yo nunca quiero ocultar mis pretensiones, aunque estén impregnadas

de un poco de orgullo, pasión que tanto detesto, debo decir que, en vez de quemarlas, he recogido estas fruslerías poéticas, para completar con ellas un sistema de poesía que abrace desde el pensamiento aislado hasta el poema. Será imposible que ningún autor de *segundas intenciones* escriba nada que no esté comprendido en el círculo poético que acabo de cerrar con estas ideas volanderas. Es verdad que, además de este círculo poético de carácter puramente psicológico, hay otro, enteramente contrario, que se limita á hacer sobre los asuntos apreciaciones de naturaleza exclusivamente física. Considerados en su esencialidad, no hay más que dos géneros de poesía en el mundo, que son *el de más acá* y *el de más allá* de las cosas.

Yo sé bien, que quedan fuera de este círculo poético que yo prefiero, producciones admiradas que encantan á muchas gentes por su misma objetivación é infe-

cundidad. Pero yo que admito, aunque sin entusiasmo, el género que ve en la forma, no el continente, sinó el contenido del arte, pido un poco de tolerancia para el que pretende que á la sencillez en la forma, se una un poco de malicia en el fondo.

Respeto la admiración que á algunos les produce en las obras de ingenio la delimitación empírica de esas líneas que pueden ser comprendidas por los sentidos corporales del tacto y de la vista, con tal que me permitan reservar mi gusto especial por las reverberaciones que iluminan las sinuosidades del corazón humano y los horizontes que caen del otro lado de la vida material.

Uno de los economistas contemporáneos más notables, ha escrito un artículo muy filosófico titulado: «Lo que se ve y lo que no se ve.» Este título, mejor que aplicado al comercio de las habichuelas, se podía relacionar con los sistemas poéticos, el

viejo y el nuevo; el viejo, que se puede llamar el de *lo que se ve;* y el nuevo, que lo llamaremos el de *lo que no se ve.* El viejo no necesita explicación: el nuevo consiste en ver intuitivamente lo que no se alcanza á primera vista; en hacer notar al lector el punto en que las ideas iluminan los hechos, mostrándole el camino que conduce de lo material á lo ultra-ideal.

No me explico por qué muchos lectores prefieren en el arte lo superficial á lo hondo. Y debo confesar, con mortificación de mi amor propio, que hasta genios que han solido ver la inmensidad en el átomo, son refractarios á dejar transparentar en sus producciones las vistas que dan á la región de lo indefinido.

III

A un gran poeta extranjero no le pudo hacer comprender mi amigo el Sr. D. Eugenio de Ochoa lo que era una dolora. Extrañándolo yo mucho, decía el señor Castelar que, dadas las cualidades del insigne escritor, él se lo explicaba perfectamente. Otros dos grandes poetas españoles, se empeñaron en no querer entender lo que eran doloras, y lo consiguieron. Cuando se publicaron las primeras, sometiéndolas á las reglas de una retórica convenida, y en la cual yo nunca he podido convenir, las fueron dividiendo en epigramas, letrillas, epitafios, etc. Estos inmortales distraídos clasificaron las doloras por su contextura externa, sin fijarse en el lazo interno común que las unía en el fondo, que era la intencionalidad.

En el actual momento histórico, ya verá el lector cómo también estas naderías casi epigráficas, todos los retóricos retrospectivos las llaman pareados, cuartetos ó quintetos, y acaso, acaso, sólo aleluyas; y, sin fijarse en su carácter intrínseco, rechazan el título de *Humoradas* que yo les doy. Siempre la exterioridad sobreponiéndose á lo esencial. Una dolora puede ser madrigal, epigrama, etc., sin dejar de ser dolora; mientras que no son doloras ninguno de los epigramas y madrigales que conocemos. Lo mismo digo de este nuevo título. Una *humorada*, sin dejar de serlo, puede estar escrita en un pareado, ó en un cuarteto, pero no son humoradas la mayor parte de los cuartetos y pareados que se han escrito hasta ahora.

Pero yo, que tengo el honor de dedicar este librito al Sr. Menéndez Pelayo, á imitación suya, voy, á propósito de estas

humoradas, á escribir también un poco de estética trascendental.

IV

No quisiera que el lector al hallarse con estas bagatelas escritas para los álbums y los abanicos de mis amigas, ó recogidas de los retazos sobrantes de doloras y poemas, creyese que las he coleccionado como cosas dignas de ver la luz pública.

Las he reunido porque, además de cumplir los deseos de un apreciable editor que me pedía un libro cualquiera, me propongo rehabilitar con esta publicación, en lo que sea posible, esa poesía, ligera unas veces, intencional otras, pero siempre precisa, escultural y corta, que nuestro eminente poeta el Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, ha estigmatizado con la expresión desdeñosa de—«Suspirillos líricos, de

corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados.» Creo que el pensamiento del Sr. Núñez de Arce ha sido mal interpretado, pero el hecho es que desde que él lo ha escrito, ciertos críticos, á quienes se les puede calificar de sacristanes de *amén*, se complacen en llamar «suspirillos germánicos» á toda composición que no se estira hasta ensuciar con las botas la cara de los oyentes. En consecuencia, rebatiendo á los que han entendido mal la expresión de mi ilustre compañero, les diré que esos «suspirillos germánicos» siempre serán los cantos populares de las clases ilustradas.

Esa poesía que algunos llaman *lapidaria*, es la más propia para que se graben los pensamientos, no sólo en las piedras, sino en las inteligencias.

Hasta que se halla la forma elíptica que las sintetiza, las epopeyas, las tragedias, los poemas y las crónicas, son creaciones

de una utilidad contestada y de una pesadez incontestable.

Una décima de Calderón y unas cuantas frases de Shakespeare suelen ser el resumen de todo su modo de pensar y de sentir. Borrad esta décima y estas frases, y desterraréis del comercio de la vida las grandes epopeyas que más conmueven el corazón y la cabeza de los que sienten y piensan.

Como desgastan los ríos las piedras de su fondo, la marcha del tiempo oxida, descomponiéndolos, los pensamientos de los grandes monumentos literarios, unos por insustanciales, otros por anacrónicos, éstos por demasiado solariegos y aquéllos por poco característicos; y sólo va dejando, como ruinas imperecederas de las babilonias artísticas, rápidas inscripciones, relámpagos de ideas, que parecen ecos de las palpitaciones del corazón humano.

V

Pero volviendo al asunto principal, me preguntará alguno: ¿Por qué á esas poesías cortas, tristes, risueñas, galantes ó satíricas, se las llama *humoradas?* Porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por *humorismo*.

Llamo *humoradas* á los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática, no se deben incluír entre las doloras.

Y ¿qué es *humorismo?*

Una crítica inconsiderada que cruza á campo-traviesa los dominios de la literatura sin el freno de la correspondiente instrucción, á fuerza de oirlo repetir ha

adquirido la costumbre de llamarme *escéptico*, sin tener en cuenta que el escéptico, ya subjetivo, ya objetivo, ya absoluto, es el que tiene la duda por sistema, y que yo, bien avenido con la vida real, creo en lo único en que se debe creer, que es en las ideas. ¿Qué noción tendrán estos clasificadores de lo que es *escepticismo?* ¿Me llaman escéptico porque yo me suelo reír de cosas que ellos creen que son de llorar? Esto de reirse del dolor propio y del ajeno, más bien se podría llamar estoicismo. Pero como no quiero enfadarme mucho con estos calificadores, que cogen la ciencia al oído, porque sé que es muy común confundir el escepticismo con el humorismo, y el humorismo con la excentricidad, les diré que es el colmo de la injusticia llamar escéptico á un espiritualista tan exagerado como yo, que cree que lo que hay más natural en el mundo es lo sobrenatural.

Si el escepticismo no cree en lo que dice, el humorismo hasta se ríe de lo que cree, no dejando de creer nada de lo que dice.

¿Qué es humorismo? La contraposición de situaciones, de ideas, actos ó pasiones, encontradas. La posición de las cosas en situación antitética suele hacer reír con tristeza.

César, tapando con sus cenizas el hueco de una pared, y Don Quijote volviendo á su casa molido á palos por defender sus ideales, mientras su ama y su sobrina, representantes del sentido común, lo reciben cómodamente comiendo pan candeal y haciendo calceta, son dos rasgos de humorismo que, además de hacer reír, llenan los ojos de lágrimas.

La frase *buen humor*, genuínamente española, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y

sombra, á través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas, y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreescitación nerviosa de un encanto indefinible.

El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco, y el alemán elegíaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingenuo y candoroso.

Se ha dicho que la burla es la retórica del diablo.

Y, efectivamente, debe haber en este género literario algo de intelectual y encantadoramente diabólico, porque los escritores humoristas tienen sobre los exclusivamente serios, y los totalmente alegres, una superioridad de miras incontestable; pues cuando un escritor sólo se propone hace reír mucho, suele acabar por hacerse risible, así como cuando un hombre por demasiado serio es tonto, es tonto de veras.

No hay duda que el humorismo, que es un carnaval reentrante en la cuaresma, parece que domina los asuntos desde más altura, y que se hace superior á nuestras ambiciones y á nuestras finalidades, pintando á la locura con toga de magistrado, y á la muerte con gorra de cascabeles.

El talento que, alegre y tristemente ve en lo pequeño la imagen de lo grande, y en lo grande el trasunto de lo pequeño, es el titiritero que al son de su tamboril hace bailar grotescamente á todas las pequeñas y grandes figuras humanas, como si fuesen muñecos de resorte; es el tipo, que, según una frase vulgar, es capaz «de hacer burla de un entierro»; el inventor, en fin, de la filosófica danza macabra, ese baile de candil dado en los infiernos, y al cual asisten, presididos por la muerte, reyes con gregüescos de payasos, bufones con tiaras, y papas con miriñaques.

Sí, como dice Cervantes, el hacer reír

es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es un don excepcional que sólo ha concedido Dios á él y á Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.

Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el Sr. Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es *humorismo*, esa alegría unas veces enternecedora y otras siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata á los hombres que á las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas á los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas.

VI

Pero me he distraído y veo que para unas producciones tan homeopáticas como estas mías, el lector dirá con razón que

he escrito una dedicatoria muy pretenciosa y demasiado larga. Por eso, arrepentido de ser tan hablador, concluyo diciendo que, aceptando la definición que da el diccionario de la lengua castellana de la palabra *frase*, diciendo—«que es una locución enérgica con que se significa más de lo que se expresa»—insisto en creer que las poesías de forma condensada son más apreciables por la dificultad de tener que decir en ellas *más de lo que se expresa.* El trascendentalismo en el arte consiste en estas vistas á lo infinito que entreabren las frases cortas de algunos autores de arranques proféticos. No me puedo consolar del tiempo que pierden algunos lectores devorando á autores insustanciales que, al ocuparse en lo particular, jamás dejan entre renglones sobreentendido lo general.

Pero mi guerra declarada al género ampuloso y superficial veo que me vuelve

á distraer, haciéndome gárrulo, machacón y acaso injusto.

El arte en general, y la poesía en particular, ganan en intensión lo que pierden en extensión.

Suprimid algunas frases inspiradas de la historia, y las guerras de la antigua Grecia quedarán reducidas á unos pequeños altercados de patanes de lugar, y la revolución francesa á una orgía de caníbales.

El ingenioso escritor D. Felipe Picatoste, ha escrito un libro, tan ameno como profundo, *sobre las frases célebres*, y en él ha probado de una manera evidente que es una tendencia del espíritu humano la de ir condensando los pensamientos, desde los poemas hasta los refranes y desde los refranes hasta las frases.

No hay nada sublime que no sea breve. Cuando se acabe el mundo, ¿qué quedará de nuestras agitaciones, deseos, esperanzas, ambiciones y temores? Nada, ó

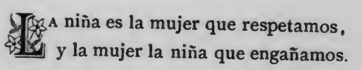
casi nada. De todas nuestras habladurías sólo quedarán cuatro frases célebres, hasta que algún Homero sideral, señalando con el dedo el vacío que deje el mundo en el espacio, reduzca las cuatro expresiones que flotarán sobre el lugar del planeta extinto, á una sola frase parecida á ésta: «¡allí fué Troya!»

CAMPOAMOR.



HUMORADAS

I


La niña es la mujer que respetamos,
y la mujer la niña que engañamos.

II

Según creen los amantes
las flores valen más que los diamantes.
Mas ven que al extinguirse los amores,
valen más los diamantes que las flores.

III

Al pintarte el amor que por tí siento,
suelo mentir, pero no sé que miento.

IV

Te sueles confesar con tu conciencia,
y te absuelve después sin penitencia.

V

Algún dia, á pesar de tus encantos,
te matará otro á tí cual tú me matas,
que, en materia de ingratos y de ingratas,
venimos á salir tantas á tantos.

VI

Ser fiel, siempre que quieres, es tu lema.
Pero tú ¿quieres siempre? He aquí el problema.

VII

Aunque el amor suele morir de hartura,
lo que nunca se hastía es la ternura.

VIII

No te ablandes oyendo sus acentos,
que el diablo en ocasiones
acalora los buenos sentimientos
para hacer cometer malas acciones.

IX

Aunque tú por modestia no lo creas,
las flores en tu sien parecen feas.

X

Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

XI

Hay quien pasa la vida
en ese eterno juego
de hacer caer á la mujer, y luego
rehabilitar á la mujer caída.

XII

Te vas á confesar, y el cura dice
que á tí, en vez de absolverte, te bendice.

XIII

Si la codicia de pedir es mucha,
el hombre reza, pero Dios no escucha.

XIV

El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.

XV

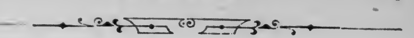
Miré... pero no he visto en parte alguna
ir del brazo la dicha y la fortuna.

XVI

Cual todas, tú pretendes, como Elena,
ser amada por bella y no por buena.

XVII

Ese ilustre mortal lleno de hastío,
era pobre al nacer, mas, rico ahora,
mirando á su palacio, siente frío,
cuando se acuerda de su choza, llora!



XVIII

Te vi una sola vez, pero mi mente
te estará contemplando eternamente.

XIX

Purifica el olor de la opulencia
cuando huele á tomillo la indigencia.

XX

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído...
—«Aunque soy ya tan viejo, has de saber...»

XXI

Es tu historia en mi vida entremezclada
una sombra, en la sombra, condensada.

XXII

Cuando oigo tus acentos
se vuelven mis ideas sentimientos.

XXIII

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía
que no iguala al afán con que se ansía
la dicha que se alcanza.
Por ardiente que sea la esperanza,
al convertirla en realidad es fría.

XXIV

Si no quieres tu paz ver alterada,
cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

XXV

¿Por qué amé aquella pérfida? Lo ignoro.
La esperanza es infiel y yo la adoro.

XXVI

Bella estación! Todo á gozar convida
del placer sin medida...
—Mas, ¿qué es eso que vuela?
Una hoja que cae, y nos revela
la nada de las cosas de la vida.

XXVII

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,
permite á mi amistad que te declare
que, como el hijo de Sión, decía:
«de mi me olvide yo, si te olvidare».

XXVIII

La música es el cielo prometido.
Cuando un pintor retrata á un elegido,
lo envuelve en nubes de oro,
y lo pinta subiendo embebecido
oyendo de los ángeles el coro.

XXIX

Más que cuestión de suelo,
es la mujer una cuestión de cielo.

XXX

Vive, niña, advertida
que el que ama tiene cerca la locura,
y que acaba muy pronto con la vida
la fuerza de una idea en calentura.

XXXI

¡Qué formas de belleza soberana
modela Dios en la escultura humana!

XXXII

No puedo ver con ánimo sereno
Borjas, cual tú, tan puras y apacibles;
pues juzgo, como hay Dios, menos temibles
las Borjas del puñal y del veneno.

XXXIII

Resignate á morir, viejo amor mío.
No se hace atrás un río,
ni vuelve á ser presente lo pasado.
Y no hay nada más frío
que el cráter de un volcán, si está apagado.

XXXIV

Es la fea graciosa
mil veces más terrible que una hermosa.

XXXV

Se matan los humanos
en implacable guerra
por la gloria de ser, en mar y en tierra,
devorados por peces y gusanos.

XXXVI

Se asombra con muchísima inocencia
de cosas que aprendió por experiencia.

XXXVII

Como todo es igual, siempre he tenido
un pesar verdadero
por el tiempo precioso que he perdido,
por no haber conocido
que el que ve un corazón ve el mundo entero.

XXXVIII

Belén! para el amor no hay imposibles.
Lo mismo que las palmas
á veces nuestras almas
se encarnan á distancias increíbles.

XXXIX

Te morías por él, pero es lo cierto
que pasó tiempo y tiempo, y no te has muerto.

XL

La desgracia es precisa
para grabar los hechos de la historia.
Ó se escribe con sangre nuestra gloria,
ó la borra al pasar cualquiera brisa.

XLI

Ya no leo ni escribo más historia
que ver á mi niñez con mi memoria.

XLII

No insultes el pudor en mi presencia
porque sabes reir con inocencia;
porque sinó mi intrépida mirada
te dejará clavada
en la trémula cruz de tu conciencia.

XLIII

Bien merezco, Mariana, la fortuna
de escribir en este álbum el primero,
porque sin duda alguna
soy el que más y el que mejor te quiero.

XLIV

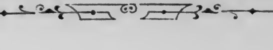
A todo ser creado
le gusta, como á Dios, ser muy amado.

XLV

Procura hacer, para apoyar la frente,
un blando cabezal de la conciencia.
Para poder dormir tranquilamente
no hay un opio mejor que la inocencia.

XLVI

Sé firme en esperar, que de este modo
algo le llega al que lo espera todo.



XLVII

El amor á los niños y á las flores,
son amores tan dignos de los cielos
que son tal vez los únicos amores
que nunca dan á los amantes celos.

XLVIII

Al campo voy como á mi hogar primero,
pues, al ir desde el valle hasta el otero,
de distancia en distancia
el olor á tomillo y á romero
me recuerdan las dichas de mi infancia,

XLIX

Le eres fiel, mas ya cuenta cierta historia
que entre él y tú se acuesta otra memoria.

L

¡Necio soy! Con inútiles medidas
te quise sorprender, mas tú eres de esas
que para ser de pronto sorprendidas
se preparan con tiempo las sorpresas.

LI

Poniéndose y quitándose alfileres
hacen sitios de Troya las mujeres.

LII

Los mortales son siempre los mortales.
Y en el mar y en la tierra, cerca ó lejos,
los juegos de los niños son iguales,
como lo son los sueños de los viejos.

LIII

Se jura amar una existencia entera,
y en un día no más se ama y se olvida.
Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,
y jamás ha de ser de otra manera.

LIV

¡Igualdad y miseria! Como todo,
cuando Dios creó el sol, ¿lo hizo de lodo?

LV

Egoísta y falaz, siempre he creído
que el velo te pondrás de desposada
tan pura como el día en que has nacido,
mas pura con el alma desflorada.

LVI

Conocerás, lector, por tu conciencia,
que allí donde hay amor, no hay inocencia.



LVII

Deja que mi ternura
te cuente mis amores,
porque soy, cuando miro tu hermosura,
un árbol carcomido que echa flores.

LVIII

¿Qué es de tu amor?—No sé. Le di mi mano
á aquel objeto de las ansias mías,
pero á los pocos días
dejó de ser mi esposo, y pasó á hermano.

LIX

Se oye á los seres que nos son queridos
poniendo hasta en los ojos los oídos.

LX

Háblame más... y más... que tus acentos
me saquen de este abismo;
el día en que no salga de mí mismo
se me van á comer los pensamientos.

LXI

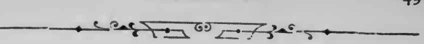
La amé el año pasado,
y ya hace un siglo, ó dos, que la he olvidado.

LXII

Aunque te admiro tanto,
perdona, Clara Lengo,
si, temiendo afligirte, no te canto,
porque, á la edad que tengo,
lo que empieza en canción, acaba en llanto.

LXIII

En lo ideal mecida,
el llamarte á las cosas de la vida
es inútil empeño,
para ti el despertar, ó estar dormida,
es dejar el delirio por el sueño.



LXIV

Sé que al morir para alcanzar la gloria
limpió su corazón de tu memoria.

LXV

Alegría y tristeza
suelen ser un error de perspectiva,
sobre todo al juntarse en la cabeza
con los sueños de abajo los de arriba.

LXVI

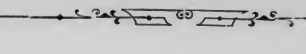
Hay quien es, aunque alegre y casquivana,
por cálculo más casta que Diana.

LXVII

Ten siempre con un manto
velados tus encantos pudorosos,
porque, en cosas de encantos misteriosos,
perdido ya el misterio ¡adiós encanto!

LXVIII

Conforme el hombre avanza
de la vida en el áspero camino,
lleva siempre á su lado la esperanza,
mas tiene siempre enfrente á su destino.



LXIX

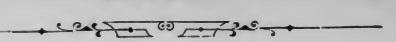
Ya sé, ya sé, que con formal empeño
soñaste en resistir, pero fué un sueño.

LXX

Renovando mis tiernas emociones,
me han probado tus quince primaveras
que son nuestras postreras ilusiones
iguales en frescura á las primeras.

LXXI

Como oye hablar del hecho hasta el abuso,
llama un cura al amor *el vicio al uso*.

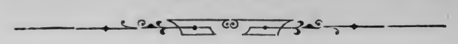


LXXII

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto:
lo que yo sé sentir cuando te veo.

LXXIII

Al dar este abanico aire al semblante
tal vez pueda templar, Eugenia mia,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante
ni vivió sin amar un solo dia.



LXXIV

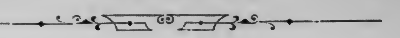
Jamás mujer alguna
ha salido del todo de la cuna.

LXXV

Recibe, hermosa Gloria,
este retrato mío.
Tú has dejado en mi vida una memoria
más blanca que la estela de un navío.

LXXVI

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

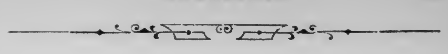


LXXVII

Busca en todo rivales tu mirada;
y recuerdan tus celos
un marino en el mar con sus gemelos
que siempre está mirando, y no ve nada.

LXXVIII

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida,
¿á quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.



LXXIX

El amor que más quiere,
como no viva en la abstinencia, muere.

LXXX

La conciencia, al final de nuestra vida,
sólo es un laberinto sin salida.

LXXXI

Deja que miren mi vejez cansada
esos ojos risueños,
pues echa, sin quererlo, tu mirada
un reboque al palacio de mis sueños.

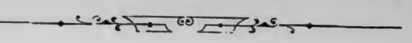


LXXXII

Aunque es la infiel más pecadora que Eva,
no se preocupa de ello;
pues cree que ha de ir al cielo porque lleva
la Virgen del Pilar colgada al cuello.

LXXXIII

Las almas muy sinceras,
confundiendo mentiras y verdades
después que hacen de sueños realidades,
elevan realidades á quimeras.



LXXXIV

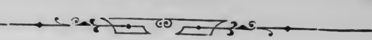
Ayer le enajenabas con tu acento;
pero hoy ya le constipas con tu aliento.

LXXXV

La gloria vale poco ante la historia,
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

LXXXVI

Le dieron una flor, y ahora nos cuenta
que su alma enamorada
tan sólo se alimenta
del olor de una rosa disecada.

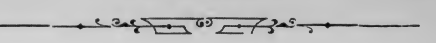


LXXXVII

Me suelo preguntar de dudas lleno:
—¿Son mejores los buenos, ó los justos?
Y la elección va en gustos;
yo doy todos los justos por un bueno.

LXXXVIII

Sabiendo mi virtud ¿por qué te extraña
que me encuentre, á mi edad, alegre y sano?
De remiendo en remiendo una cabaña
vive más que Pompeya y Herculano.



LXXXIX

En cuanto á castidad todo la espanta;
ve un espejo y se oculta la garganta.

XC

Teme á las ilusiones;
que es peor la ilusión que las pasiones.

XCI

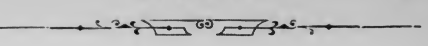
¡Sufre! ¡Sufre! ¡Traidora que abomino!
Tu vida al lado de él, es un camino
que conduce al infierno.
¡Ya ves que muchas veces el destino
adelanta los juicios del Eterno!

XCII

Las Gracias fueron tres sin duda alguna:
pero, desde hoy, el que lo diga, miente.
Las gracias eran tres antiguamente:
después que ésta nació ya no hay más que una.

XCIII

Tiene este abanico el don
de dar al viento ligero
todo acento de pasión,
por eso oculto un «te quiero»
que siento en mi corazón.



XCIV

Una sola mirada, si no es pura,
en mujer á una niña transfigura.

XCV

Mártir en lo pasado, ya inclemente
aspira á ser verdugo en lo presente.

XCVI

¡Falsa! Al hablarme, una ilación extraña
me trae á la memoria
que á mí sólo me engaña
cuando me dice la verdad, la historia.

XCVII

¡Ay! Como el cielo te ha dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo á mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor.

XCVIII

Tal vez hallar consiga
á mis grandes errores un consuelo,
viendo que, á veces, por bondad del cielo,
el rayo que va á un rey, da en una hormiga.

XCIX

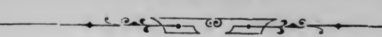
He amado á esa mujer de tal manera,
que no me volví loco, porque lo era.

C

¡Qué bien has aprendido en tu provecho,
que ser mala es un cálculo mal hecho!

CI

¿Es sueño, ó realidad, lo que he vivido?
No lo sé; pues, yo que hablo, no estoy cierto,
si al juzgarme despierto, estoy dormido,
ó al creerme dormido estoy despierto.

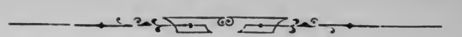


CII

Siempre es para vosotras peligroso
un ánimo aguerrido
y un uniforme hermoso.
El fausto militar ¡sexo precioso!
siempre ha sido y será tu prometido.

CIII

Yo suelo con tu nombre, niña hermosa,
por más que el curso de mi edad avanza
hacer mi alma dichosa.
¡Sabe tan bien el pan de la Esperanza
que ya no me alimento de otra cosa!



CIV

Tus ojos, con que el alma nos sondeas,
son dos soles que alumbran con ideas.

CV

En novelas de amor el sentimiento
tiende á empezar por el final del cuento.

CVI

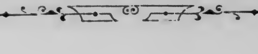
No le gusta el placer sin violencia;
y por eso ya cree la desgraciada
que ni es pasión, ni es nada,
el amor que no turba la conciencia.

CVII

Tan grande es tu virtud que estoy seguro
que es verdad lo que dicen muchas gentes
que á fuerza de ser puro
se mueren con tu aliento las serpientes.

CVIII

Aspiré á verte un día,
pero después de verte
como dijo Jesús, Dolores mia,
«mi alma quedó triste hasta la muerte».



CIX

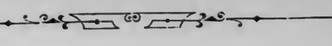
¡Feliz si en tu semblante aún ve tu esposo
la materia en estado luminoso!

CX

¿Por qué se olvidaría la escritura
de hablarnos de los tristes por hartura?

CXI

Al darme la postrera despedida,
me lanzó una mirada
que en el pecho clavada
la llevé todo el resto de mi vida.



CXII

¡Es un sueño de amor su triste historia!
Nació; fué amable, candorosa y bella.
Amó; reinó; murió; se abrió la gloria,
entró, y el cielo se cerró tras ella.

CXIII

Lleva el bien del palacio á la cabaña
cual la inmortal *Santa Isabel de Hungría;*
y, puesta en los altares, algún dia
la llamarán *Santa Isabel de España.*

CXIV

Hay seres con el alma más pesada
que el barro vil sobre que va encarnada.

CXV

Te sobra corazón, y, siempre amante,
aplicas á otras cosas el sobrante.

CXVI

Dejando al tiempo que ande,
y viviendo en un éxtasis risueño,
como decía Calderón el Grande
voy tomando la vida como un sueño.



CXVII

No hay mujer que no sea,
al huir de algún hombre, Galatea.

CXVIII

Merced á tus encantos sobrehumanos
no pueden retratarte los pintores
porque, al ver de tu cara los primores,
el pincel se les cae de las manos.

CXIX

Odiando el matrimonio,
¿te casas? Pues mejor para el demonio.

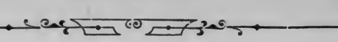


CXX

Cuanta es mayor por tí mi idolatría,
tanto más admirarte necesito
pues halla al contemplarte el alma mia
cuando escucha tu acento, la alegría;
cuando mira á tus ojos, lo infinito.

CXXI

Quise un dia pintarte en mi embeleso
Blanca, este fuego que en mis venas arde,
mas callé, porque ví que para eso
ó yo nací muy pronto, ó tú muy tarde.



CXXII

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

CXXIII

No llores y hazte cargo
que esa prenda querida
al dejar esta vida
pasó de un sueño corto á un sueño largo.

CXXIV

¡Dichoso sér! ¡Muere con el consuelo
de pensar que morir es ir al cielo!

CXXV

¿Pues no quiere que crea
que vió en Valencia una hortelana fea?

CXXVI

Ahora que á hablar de su virtud comienza,
yo me cubro el semblante,
porque me da vergüenza
de pensar lo que pienso en este instante.

CXXVII

Nos da la iglesia el inmortal consuelo
de que el bueno al morir *nace en el cielo*.

CXXVIII

Convirtiendo en virtud la hipocresía,
y ajustando las leyes á su gusto,
como muchos fanáticos de hoy día
para ser más bribón finje ser justo.

CXXIX

Mientras de unirme á tí se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito,
tu virtud que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal que era infinito.

CXXX

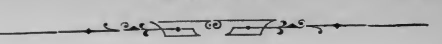
La que ama un ideal, y sube... y sube...
suele morir ahorcada de una nube.

CXXXI

Pues que tanto te admira
el saber de los viejos,
voy á darte el mejor de los consejos:
cree sólo esta verdad: «Todo es mentira.»

CXXXII

Para él la simetría es la belleza,
aunque corte á las cosas la cabeza.



CXXXIII

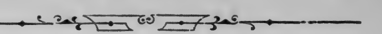
Odia esa ciencia material que enseña
que el que muere es feliz, duerme y no sueña.

CXXXIV

No olvides que á Dios plugo
curar con un deseo otro deseo.
Mata el verdugo al reo,
y al verdugo después otro verdugo.

CXXXV

Es mi fe tan cumplida
que adoro á Dios, aunque me dió la vida.

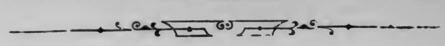


CXXXVI

El corazòn hácia los veinte abriles
suele creer con el más vivo anhelo
que es dueño universal de esos pensiles
cerrados por la bóveda del cielo.

CXXXVII

Odio á esa infiel; mas durarán mis sañas
hasta el día feliz en que me llame,
pues cuando toca á ellas esa infame
siempre le abren las puertas mis entrañas.



CXXXVIII

Nunca tendrán utilidad alguna,
sin el amor, la ciencia y la fortuna.

CXXXIX

Como te amaba tanto,
el curso se torció de mi destino;
pues iba para santo,
y después que te ví, perdí el camino.

CXL

Una vieja muy fea, me decía:
«en cuanto á la virtud, creo en la mía.»

CXLI

Yo creo al contemplarte tan hermosa
que hasta serías en Atenas diosa.

CXLII

Toda cosa es nacida
para tener un trágico destino;
y girar y girar en remolino
en torno del sepulcro: esta es la vida.

CXLIII

Como los quieras complacer á tantos
á millares tendrás los desencantos.



CXLIV

¡ Cuántas horas felices y tranquilas
pasará de ti enfrente,
el que pueda vivir eternamente
asomado al balcón de tus pupilas !

CXLV

Mientras ya me dan pena
el oro y los diamantes,
envidio esos instantes
en que van, agachándose en la arena,
á coger caracoles dos amantes.

CXLVI

¡Feliz, quien como un canto del camino
se deja ir y venir por el destino!

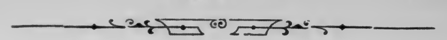
CXLVII

Eres Julia tan bella, que estoy cierto
que ve en tu rostro el que á tu lado pasa
el manantial que Agar vió en el desierto
cuando fué despedida de su casa.

CXLVIII

Toda mujer, en el amor postrero,
se rebaja cada año un año entero.

8



CXLIX

Esa fué tan coqueta, tan coqueta,
que era, excepto en matarse, una Julieta.

CL

No hay experiencia ni saber que impida
el tener desengaños,
yo haré pronto cien años
y no he hecho más que errar toda mi vida.

CLI

Cual la hormiga, juntamos el dinero,
y luego... esparce Dios el hormiguero.

CLII

De la mujer, cual tú, que nada espera,
amando á falta de hombres, cualquier cosa,
como el ave simbólica y famosa
el corazón arde en su propia hoguera.

CLIII

Si en amar soy prudente
es porque, escarmentado,
para obrar con cordura en lo presente,
tengo puesto un oído en lo pasado.

CLIV

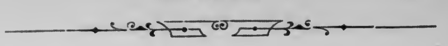
Es buena, pues se duerme como un leño
y al irse la virtud se lleva el sueño.

CLV

Fué causa de mis muchos desencantos,
una asceta instruída,
que aprendió por las vidas de los santos
las cosas menos santas de la vida.

CLVI

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!



CLVII

Tu amor ardiente y tierno,
es tan puro además, que será eterno.

CLVIII

Sólo la edad me explica con certeza
por qué un alma constante, cual la mía,
escuchando una idéntica armonía
de lo mismo que hoy saca la tristeza,
sacaba en otro tiempo la alegría.

CLIX

Prohíbeles tu amor con tus desdenes.
Sin frutos prohibidos no hay Edenes.

CLX

¡Pensando en los adioses de aquel día,
en llanto me deshago!
¡No puede describirte el alma mía
los cien siglos de horror de un día aciago!

CLXI

Que no pidas, Manuela, te suplico
á mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos.

CLXII

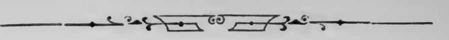
Vas cambiando de amor todos los años,
mas no cambias jamás de desengaños.

CLXIII

Si á comprender aspiras
la ciencia de las puras realidades,
hallarás que de todas las verdades
la mitad por lo menos son mentiras.

CLXIV

Pinchando á sus rivales,
te escribe con la espada madrigales.



CLXV

Nunca me hallo sin fausto ni dinero,
porque veo en la sombra lo que quiero.

CLXVI

Esa mujer tan bella,
fué por mí tan querida
que alguna vez, para morir por ella,
tan sólo me faltó perder la vida.

CLXVII

El pobre está seguro que su perro
ha de formar su séquito en su entierro.

CLXVIII

Aún tengo confianza
de que Dios me dará la fe perdida.
¡Bien haya el que ha inventado la esperanza
que es la muerte el principio de otra vida!

CLXIX

Contra esa infiel que con rubor se aleja,
porque un día mató mis esperanzas,
tomé la más atroz de las venganzas
dejándola morir de fea y vieja.

CLXX

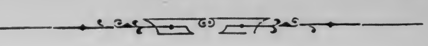
Voy sembrando esperanzas por los vientos
y recojo después remordimientos.

CLXXI

Si aunque tierna y vivaz aún eres pura,
no olvides el consejo que te ofrece
esta eterna verdad de la escritura:
«Todo el que ama el peligro en él perece.»

CLXXII

Cuando halla algún buen mozo que le agrada,
¡qué bien se suele hacer la deslumbrada!



CLXXIII

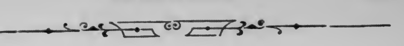
Yo sé quien, de una dicha que no alcanza,
va bebiendo en tus ojos la esperanza.

CLXXIV

Pocas veces te vi, pero no olvido
que yo te amé como no amó Macias,
y que fué la pasión que te he tenido
un amor inmortal de cuatro días.

CLXXV

Por no ser natural hace, cuando ama,
de cada paso de comedia un drama.



CLXXVI

Cual tú, Mendes Leal, busqué afanado
una gloria fingida,
para saber al fin, desengañado,
que no hay más dicha que esta en nuestra vida:
nacer, vivir, amar, ser olvidado.

CLXXVII

Al mostrar á esta niña encantadora,
suele decir su madre embebecida:
«Aquí tenéis la Aurora
de los días más bellos de mi vida.»

CLXXVIII

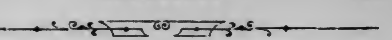
Si te casas, Inés, ten por seguro
que todo novio es un traidor futuro.

CLXXIX

Ya, al pretender ser tierno,
sale del pecho mío
un aliento más frío
que una ráfaga de aire del invierno.

CLXXX

La cuna y el altar son dos moradas
donde viven las madres prosternadas.



CLXXXI

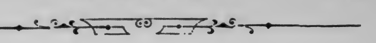
De esa antigua coqueta la hermosura
las ganas me quitó de hacerme cura.

CLXXXII

A todo va la inmensidad unida;
si entre el ser y no ser media un instante
tiene el punto presente de la vida
un infinito atrás y otro delante.

CLXXXIII

A ti, ducha en amor, ya te da risa
una loca de atar como Eloisa.

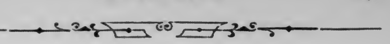


CLXXXIV

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces á hurtadillas
á través de estas pérfidas varillas,
con tus pupilas de ternura llenas
á algún hombre feliz, de ti adorado,
lo mirarás apenas,
por temor de mirarle demasiado!

CLXXXV

Tanto aumenta la gloria su estatura,
que á ese génio gigante
le llamarán *el grande* allá en la altura
Shakespeare, Ariosto, Calderón y Dante.



CLXXXVI

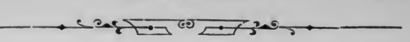
Aunque ve que la engañan con frecuencia,
no se quiere curar de su inocencia.

CLXXXVII

El que sufre, lo mismo que el que adora,
creen que todo en el mundo, ó quiere, ó llora.

CLXXXVIII

Desde que te ha sufrido,
ya no me extraña tanto
que como Job el santo
maldiga el hombre el dia en que ha nacido.



CLXXXIX

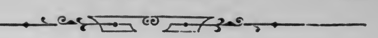
No rechaces tus sueños, hija mía;
sin la ilusión, el mundo ¿qué sería?

CXC

En su primera confesión á Pura
ya no le dió la absolución el cura.

CXCI

Ya sabes que aunque tanto te he querido
cuando eras una pobre verdadera,
después que fuiste altiva y heredera
te honré con un desprecio merecido.



CXCII

PARA UNA INCLUSA

Si, al pasar el umbral de la existencia,
ves que no encuentras á tu madre allí,
bendiciendo la causa de su ausencia,
llama á esta puerta y la hallarás aquí.

CXCIII

Siempre vuela mi mente
á buscar el Edén de tus amores,
como constantemente
se vuelven hacia el sol algunas flores.

CXCIV

¿Quién puede ser dichoso ni en la gloria
si allí existe del mundo la memoria?

CXCV

Las niñas más juiciosas y más puras,
al llegar la razón hacen locuras.

CXCVI

Te advierto, ángel caído,
que ya has perdido en la opinión las alas,
y que el olor de santidad que exhalas
ya sólo lo percibe tu marido.

CXCVII

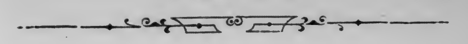
¿Me quieres? le pregunta, y ya la esposa
dice *sí*, mas pensando en otra cosa.

CXCVIII

Cayó; y al mes siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.

CXCIX

Aunque huir de ella intento,
no sé lo que me pasa,
porque yo voy donde me lleva el viento,
y el viento siempre sopla hacia su casa.

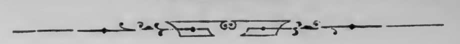


CC

Agita tu abanico muy aprisa
y verás cómo el céfiro ligero
te cuenta muchas veces, María Luisa,
lo mucho, pero mucho, que te quiero.

CCI

No pretendas mi cantar
Isabella-Roma oir.
¿Por qué quieres ver llorar
hoy que te toca reir?



CCII

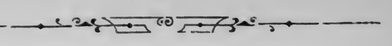
¡Es la esencia mejor de la belleza
el olor sin olor de la limpieza!

CCIII

Canta el aire, en sus trovas misteriosas,
las penas y alegrías de las cosas.

CCIV

Su padre, que era un topo,
la juzgaba inocente todavía,
cuando yo averigüé que ya entendía
la moral de las fábulas de Esopo.



CCV

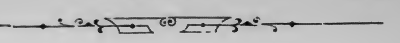
Por ser tan instruída
ya entre ella y su niñez media una vida.

CCVI

Ama con furia y odia con tal ira,
que clava sus ideas cuando mira.

CCVII

A esa ética feliz, la va matando
la fiebre que ha cogido
durmiendo horas enteras, y soñando
á la sombra del árbol prohibido.

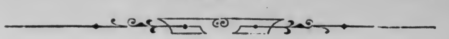


CCVIII

¡Oh! ¡Qué cosas tan tiernas te diría,
al contarte, Enriqueta, mis pesares,
si esta alma, que es tan tuya como mía,
estuviese en la edad en que tenía
el ardor del cantar de los cantares!

CCIX

Espero con gran fe, Pepita bella,
que el hombre fiel que ha de llamarte esposa,
haciéndote dichosa,
en tí desmentirá la frase aquella
de —«¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»



CCX

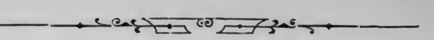
En cuanto al bien y al mal nada hay lejano;
todo se halla al alcance de la mano.

CCXI

No escribo versos aquí
porque mi nombre recuerdes,
sinó para que te acuerdes
que yo me acuerdo de ti.

CCXII

Sensible, débil, religiosa y vana,
eres en todo una verdad humana.



CCXIII

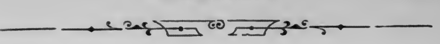
Cierra el joyero, Inés, ponte una rosa,
que una bella está bien con cualquier cosa.

CCXIV

Al decirte hoy adiós, Hortensia mía,
permite á mi amistad que te declare
que como el hijo de Sión decía:
«de mí me olvide yo si te olvidare.»

CCXV

En materia de flores y de amores,
estoy por los amores y las flores.



CCXVI

Teme más al ardor de sus sentidos
y á su propia bondad, que á diez bandidos.

CCXVII

La vida es un bostezo continuado,
pues al rico y al pobre, á juicio mío,
les hace bostezar, según su estado,
pobres el hambre y ricos el hastío.

CCXVIII

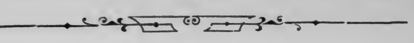
Yo sé quién, de una dicha que no alcanza
va bebiendo en tus ojos la esperanza.

CCXIX

Su gracia de ángel pasará á la historia,
pues al ver de su risa los fulgores,
la copian encantados los pintores
para hacer las rompientes de la gloria.

CCXX

A mis ruegos el céfiro sonoro
contándote estará toda tu vida
lo que dijo un autor á su querida:
«¡Maldito sea yo sinó te adoro!»



CC

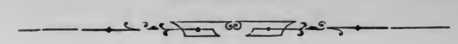
Tu comercio de amor naturalista
no gira más que letras á la vista.

CCXXII

¡Ay! ¡Como el cielo te ha dado
gracia, juventud y amor,
cuando te veo á mi lado
parece que Dios ya ha echado
sobre mi tumba una flor!

CCXXIII

¡Cuánta diablura te diría, cuánta,
si tú, en vez de mujer, no fueses santa!



CCXXIV

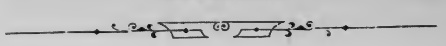
Me atrae tanto el cielo
que extraño alguna vez cómo no vuelo.

CCXXV

Por burlarse tal vez de lo que es santo,
creo que fué el demonio
quien llamó al matrimonio
la noble institución del desencanto.

CCXXVI

En guerra y en amor es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.



CCXXVII

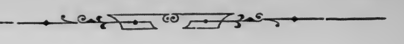
Te vi una sola vez, pero mi mente
te estará contemplando eternamente.

CCXXVIII

Al verte aborrecida,
notarás, recordando cierta cosa,
que á todas nuestras faltas en la vida
las liga una cadena misteriosa.

CCXXIX

De una mujer como Virginia, honrada,
lo mejor que hay que hablar es no hablar nada.



CCXXX

Imita á aquella nueva Galatea,
pues, al ver que algûn hombre la subyuga,
para no ser vencida, siempre emplea
la gran estratagema de la fuga.

CCXXXI

Los padres son tan buenos
que hasta el menos iluso
anhela para yerno un noble ruso,
ó un príncipe italiano por lo menos.

CCXXXII

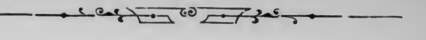
La mujer cuando olvida es que aún aprecia.
El hombre que perdona es que desprecia.

CCXXXIII

Nuestra alma ve de admiración suspensa
que el campo todo al Creador inciensa,
y juzga con encanto verdadero
que es una orquesta inmensa
la gran palpitación del mundo entero.

CCXXXIV

Tan grande fué, que ante él todo es pequeño,
«un delito el nacer» «la vida un sueño».



CCXXXV

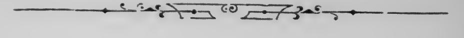
No temas de mi amor nada imprudente;
sólo se ama á las santas santamente.

CCXXXVI

Si como el héroe de la Mancha, antaño
realicé por tu amor grandes hazañas,
hoy sentado á la sombra de un castaño,
pensando mucho en ti, como castañas.

CCXXXVII

Se casó ayer, y hoy ya por cualquier cosa
apuesta la cabeza de su esposa.



CCXXXVIII

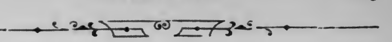
Es tan casta, que ignora de seguro
que hay algo de hez en el amor más puro.

CCXXXIX

Después que nos han hecho
viejos la edad y tristes la experiencia,
llevamos dos infiernos en el pecho,
que son el corazón y la conciencia.

CCXL

En mí, cada mirada que me lanzas
se deshace en millones de esperanzas.



CCXLI

LOS TERREMOTOS

I

Si esperamos en Dios con alma honrada,
premiará nuestra fe su providencia.
¿Qué es el temblor de nuestro globo? Nada,
al lado del temblor de la conciencia.

CCXLII

2

Colma nuestros deseos,
librando á nuestra patria, ¡Cielo santo!
de estos días de espanto
en que rezan á solas los ateos.

CCXLIII

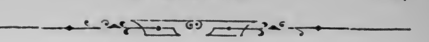
3

Aunque el hombre se aterra
al ver temblar bajo sus piés el suelo,
¿quién sabe si en el cielo
será ordenar el trastornar la tierra?

CCXLIV

4

Conmueve de placer nuestras entrañas,
al ver que, consolando ajenos males,
va la piedad, desde las casas reales
á barrer la miseria á las cabañas.



CCXLV

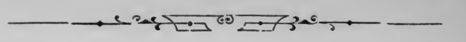
5

—¿Qué haremos, cuando el cielo
casas y templos con fragor derriba?
—¿Qué haremos, preguntáis, almas de hielo?
¡Tener fe en la justicia de allá arriba!

CCXLVI

6

Debe el bueno sentir que tiembla el suelo
como el justo de Horacio con firmeza,
y ver también que se desploma el cielo
sin inclinar siquiera la cabeza.



CCXLVII

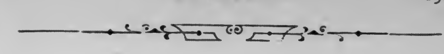
7

¡Nadie sabe, mortales,
por qué cuarteando el globo nos castiga
ese gran Dios para quien son iguales
los destinos del hombre y de la hormiga!

CCXLVIII

8

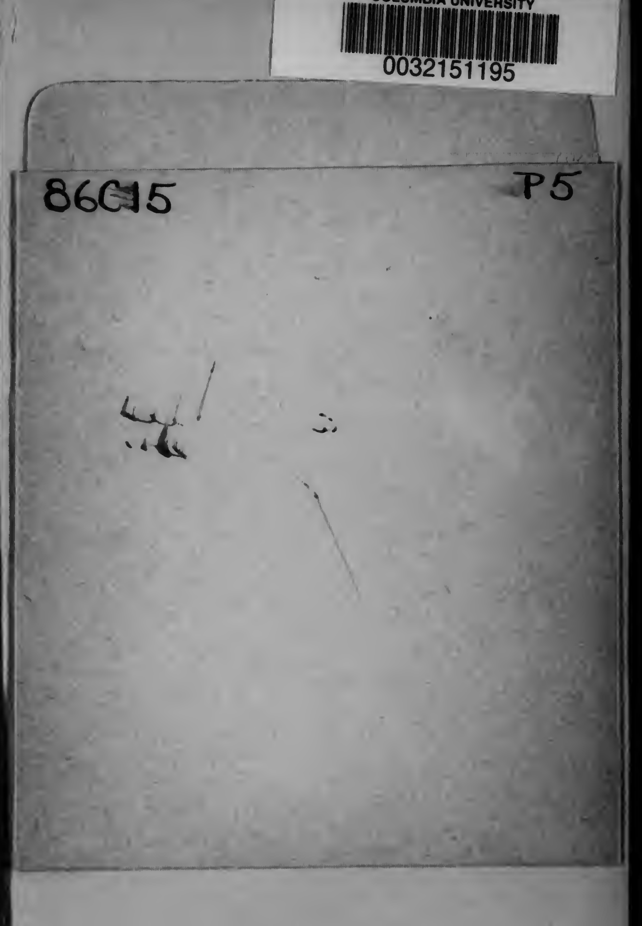
Cuando se abre la tierra estremecida,
el bueno reza, se resigna y muere,
que es el único sabio en esta vida
el que sabe querer lo que Dios quiere.



CCXLIX

¿Oyes, Concha, los céfiros alados
que agita tu abanico en derredor?
Pues son todos suspiros ó recados
que te manda al oído

CAMPOAMOR.



86C15
P5